

Una noche larga

Darío Restrepo Soto

(Medellín, Colombia)

El viejo se despertó con el ruido y, saltando de la cama, encendió la luz. Una grieta cruzaba de arriba abajo la superficie hinchada de la pared y se iba ensanchando minuto a minuto. Era la primera vez que aquello le ocurría —siempre había vivido en casas agostadas o, cuando era viajante, se aseguraba de que en su cuarto de hotel no hubiera ninguna pared a punto de dar a luz—, y por ellos no sabía cómo proceder. Anduvo de aquí para allá, removiendo objetos innecesariamente mientras trataba de recordar si entre el vecindario había alguna comadrona, pero, desalentado, debió confesarse que conocía muy poco a sus vecinos, pues había preferido llevar una vida solitaria y tranquila, sin esos fastidiosos compromisos que le ocupan la mitad del tiempo a un hombre corriente. Por ello mismo era soltero y vivía alejado de su familia; un viejo cascarrabias, en suma, como se sabía calificado por quienes le habían tratado en alguna oportunidad. Pero en el fondo era bondadoso y tímido, lo bastante como para no decidirse a llamar, en aquella hora impropia, a ninguna de las puertas contiguas a la suya. De pronto recordó haber oído algo acerca del agua que solía emplearse en tales ocasiones con el fin de facilitar un poco las cosas y, poniéndose un batín sobre el pijama, salió al patio y llenó un jarro en el grifo. Vertió su contenido en la grieta, que seguía abriéndose con un sordo gemido, mientras de sus bordes se desprendían trocitos de yeso. Si el techo no estaba bien apuntalado existía el peligro de que se derrumbase, y era debido a ello que las comadronas desdeñaban a menudo prestar su colaboración o, cuando lo hacían, cobraban sumas exorbitantes. Maldiciendo su falta de previsión, volvió al patio por más agua. Tenía la camisa empapada y sus pies calzados con pantuflas comenzaban a enfriarse. Varias horas después el vientre de la pared ocupaba la mitad de la habitación, ya de por sí bastante estrecha, y la hendidura era tan amplia que hubiera permitido al viejo mirar cómodamente en su interior de no hallarse tan ocupado yendo y viniendo con jarros de agua. Al fin, hacia la madrugada, terminó de abrirse y asomó por ella la punta de un armario. El viejo dejó el jarro a un lado y, asíéndola, empezó a forcejear. Era un bonito armario, barnizado en color caoba y con patas torneadas. El viejo jadeaba, tirando de él y pensando en cómo, por primera vez, le hubiera gustado tener a alguien para que le ayudase. Cuando la mayor parte del mueble estuvo fuera, se permitió un corto descanso y pasó su mano por sobre la tersa madera jaspeada. Luego terminó de sacarlo, y la grieta empezó a cerrarse lenta, tan lentamente que tardaría varios días en desaparecer por completo. El viejo se sentó sobre la cama, exhausto, y contempló el mueble. Era hermoso, y le serviría para guardar la ropa que hasta entonces se había empolvado colgada de los clavos que para el efecto había tras la puerta. De nuevo pensó en que le hubiera gustado tener algunos amigos a quienes poder mostrar con orgullo, como lo hacía la gente siempre que una pared daba a luz, aunque no fuera más que una repisita, aquel armario que él acababa de ayudar a nacer.